

# SANTA TERESA DE JESÚS

Sin los libros, como vehículos cargados de experiencias, conocimientos e ideas del pasado, hubiera sido imposible el progreso, con sus luces y sombras, que modela el presente y condiciona el futuro. Sin ellos, además, no habiéramos podido vivir algo emocionante y sugestivo: la entrañable aventura de estar en contacto íntimo con seres ejemplares como, por ejemplo, Teresa de Cepeda y Ahumada o Juan de Yepes; seres cuyas virtudes nos reconcilian con esta extraña y contradictoria especie humana nuestra, por el simple hecho de demostrar que posee capacidad para engendrar, siquiera sea de vez en cuando, arquetipos como ellos lo fueron.

"**Dama andante**" dijo Unamuno de Santa Teresa de Jesús y dijo bien. En su juventud ella se había recreado, con avidez, a semejanza de aquél otro enjuto e inolvidable hidalgo manchego, con la lectura de libros de caballería, un género de moda entonces, que circulaba con profusión por todos los lugares, sembrando de fantasía y poblando de heroicidades las largas noches del invierno castellano, a la vacilante luz de un viejo candil o de un dorado velón de Lucena. Y no es que Teresa precisara de impulsos para despertar su inquietud aventurera; los tenía fuertes y sobrados como lo demuestra el hecho de que, todavía en la niñez, tratara de llegar a tierra de moros para sufrir martirio, por la sola y estupenda razón de que le parecía que los santos "**compraban muy barato el ir a gozar de Dios**". Tenía, pues, un indomable espíritu quijotesco, esa maravillosa, cálida e incomparable locura que se apodera de quienes no pueden contemplar impasibles los vicios, los defectos, las crueldades, las injusticias, la hipocresía ... Por eso, en cierta ocasión, dijo a su atónito confesor: "**suplico a vuestra merced seamos todos locos, por amor de quien por nosotros lo llamaron**". ¡Bendita locura de amor la suya!

Con su explosiva energía, segura de lo que deseaba, emprendió la reforma de la Orden para corregir el licencioso relajamiento de la disciplina



y de las costumbres y volver a la austeridad de las primitivas reglas. Y, como consecuencia lógica, tropezó con solapados intereses, con la envidia y la maledicencia, con la incomprensión y falta de inteligencia de los estamentos civiles y eclesiásticos, hasta el extremo de ser procesada por la temible Inquisición.

En sus andanzas por las secas y esquilgadas tierras españolas de la época "**dama andante**" del amor, reformadora y fundadora infatigable, encontró a otro ser espléndido, a otra figura singular, tal vez única, de nuestra mística: San Juan de la Cruz. No necesitó de muchos esfuerzos para atraerle a su causa, a su combate contra una realidad chata y sucia, para seguir su difícil y duro "**camino de perfección**". El frailecito, Juan de la Cruz, de salud quebrada, más espíritu que carne mortal, se ganó con ello la persecución, las vejaciones, el encarcelamiento por sus propios compañeros y, por fin, el aislamiento en Úbeda, donde su alma,

**«en una noche oscura,**

**con ansia, en amor inflamada»,**

emprendió viaje a la eternidad, hace ya cinco siglos,

Uno se pregunta, después de conocer las vidas y las encendidas palabras de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, hechas ya perpetuo mensaje gracias al milagro del libro, qué de válido hay en nuestra búsqueda afanosa y atropellada de cada día, qué falsas metas nos seducen y desvían de una vida auténtica, plena, como es la de entregarla y quemarla para que brille la virtud y el amor, iluminando el camino hacia un mundo nuevo, más justo y bello, como hicieron Teresa de Cepeda, Juan de Yepes y el humilde y flaco hidalgo Alonso Quijano, sin otras armas que una poderosa y firme fe, capaz de transformar a simples y vulnerables seres humanos, en santos y héroes.

**MIGUEL MOLINA RABASCO**

1992



# Santa Teresa de Jesús

MIGUEL MOLINA RABASCO

**S**IN libros, como vehículos cargados de experiencias, conocimientos e ideas del pasado, hubiera sido imposible el progreso, con sus luces, y sombras, que modela el presente y condiciona el futuro.

Sin ellos, además: no hubiéramos podido vivir algo emocionante y sugestivo: la entrañable aventura de estar en contacto íntimo con seres ejemplares como por ejemplo, Teresa de Cepeda y Ahumada o Juan de Yepes; seres cuyas virtudes nos reconcilian con esta extraña y contradictoria especie humana nuestra, por el simple hecho de demostrar que posee capacidad para engendrar, siquiera de vez en cuando, arquetipos como ellos lo fueron.

"Dama andante" dijo Unamuno de Santa Teresa de Jesús y dijo bien. En su juventud ella se había recreado, con avidez, a semejanza de aquél otro enjunto e

inolvidable hidalgo manchego, con la lectura de libros de caballería, un género de moda entonces, que circulaba con profusión por todos los lugares, sembrando la fantasía y poblando de heroicidad las largas noches del invierno castellano, a la vacilante luz de un viejo candil o de un dorado velón de Lucena. Y no es que Teresa precisara de impulsos para despertar su inquietud aventurera: los tenía fuertes y sobrados como lo demuestra el hecho de que, todavía en la niñez, tratara de llegar a tierra de moros para sufrir martirio, por la sola y estúpida razón que le parecía que los santos "compraban muy barato el ir a gozar de Dios". Tenía, pues, un indomable espíritu quijotesco, esa maravillosa, cálida e incomparable locura que se apo-

da por la temible Inquisición.

En sus andanzas por las secas y esquilimadas tierras españolas de la época "dama andante", del amor, reformadora y fundadora infatigable, encontró a otro ser espléndido y otra figura singular, tal vez, única, de nuestra mística: San Juan de la Cruz.

No necesitó de uchos esfuerzos para atraerle a su causa, a su combate contra una realidad chata y sucia, para seguir su difícil y duro "camino de perfección".

## Juan de la Cruz

El frailecito, Juan de la Cruz, de salud quebrada, más espíritu que carne mortal, se ganó con ello la persecución, las vejaciones, el encarcelamiento por sus propios

compañeros y, por fin, el aislamiento en Ubeda, donde su alma, en amor inflamada, emprendió viaje a la eternidad hace ya cinco siglos".

Uno se pregunta, después de conocer las vidas y las encendidas palabras de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, hechas ya perpetuo mensaje gracias al milagro del libro, qué de válido hay en nuestra búsqueda afanosa ya tropeada de cada día, qué falsas metas nos seducen y desvían de una vida auténtica, plena, como es la de entregarla y quemarla para que brille la virtud y el amor, iluminando el camino hacia un mundo nuevo, más justo y bello, como hicieron Teresa de Cepeda, Juan de Yepes y el humilde y franco hidalgo Alonso Quijano, sin otros armas que una poderosa y firme fe, capaz de transformar a simples y vulnerables seres humanos en santos y héroes.